

A la vuelta de Camarina saltaron en tierra en algunos lugares de los Siracusanos para saquearlos, más la gente de á caballo que estos tenían acudió en socorro de los lugares, y hallando á los remadores y desordenados á los Atenienses, ocupándose en robar, dieron sobre ellos y mataron muchos, porque estaban armados á la ligera. Los Atenienses se retiraron á Catania.

X.

Llamado Alcibiades á Atenas para responder á la acusación contra él dirigida, huye al Peloponeso. Incidentalmente se trata de por qué fué muerto en Atenas Hiparco, hermano del tirano Hipias.

Después que los Atenienses estuvieron reunidos en Catania aportó allí el trireme de Atenas llamado Salamina, que los de la ciudad habían enviado para que Alcibiades regresara á fin de responder á la acusación que le habían hecho públicamente, y con el citaban á otros muchos que había en el ejército, considerándoles culpados por muchos indicios de complicidad en el crimen, de violar y profanar los misterios y sacrificios y del de romper y derrostrar las estátuas é imágenes de Hermes, ó Mercuriales arriba dichas.

Después de partir la armada, los Atenienses no dejaron de hacer su pesquisa y proseguir sus investigaciones, no parando solamente en pruebas y conjeturas aparentes, sino que, pasando más adelante, daban fe y crédito á cualquier sospecha por liviana que fuese. Fundando su convencimiento en los dichos y deposiciones de hombres viles é infames, prendieron á muchas personas principales de la ciudad, pareciéndoles que era mejor escudriñar y averiguar el hecho por toda clase de pesquisas y conjeturas que dejar libre un solo hombre aunque fuese de buena fama y opinión, por no decir que los indicios que-

había contra él eran insuficientes para convencerle de que debía estar á derecho y justicia.

Hacían esto porque sabían de oídas que la tiranía y mando de Pisistrato que en tiempos pasados había dominado en Atenas, fué muy dura y cruel, no siendo destruída por el pueblo ni por Hermodio, sino por los Lacedemonios. Este recuerdo les infundía gran temor y recelo, y cualquier sospecha la atribuían á la peor parte. Aunque á la verdad la osadía de Aristogiton y de Hermodio en matar el tirano, fué por amores según declararé en adelante y mostraré que los Atenienses, y los otros Griegos hablan á su capricho y voluntad de sus tiranos y de los hechos que ejecutaron, sin saber nada de la verdad, pues la cosa pasó así.

Muerto Pisistrato en edad abanzada le sucedió en el señorío de Atenas Hipias, que era su hijo mayor y no Hiparco como algunos dijeron.

Había en la ciudad de Atenas un mancebo llamado Hermodio muy gracioso y apacible á quien Aristogiton, que era un hombre de mediano estado en la ciudad, tenía mucho cariño. Este Hermodio fué acusado por Hiparco, hijo de Pisistrato, de infame y malo, de lo cual el mancebo se quejó á Aristogiton, que por temor de que ocurriese mal á quien él tenía tan buena voluntad por la acusación de Hiparco que era hombre de mando y autoridad en la ciudad, se propuso favorecerle so color de que Hiparco quería usurpar la tiranía de la ciudad.

Entretanto Hiparco procuraba atraer á sí el mancebo y ganar su amistad con halagos; más viendo que no conseguía nada por esta vía, pensó afrentarle por justicia, sin usar de otra fuerza ni violencia, que no era lícita entonces, porque los tiranos en aquel tiempo no tenían más mando y autoridad sobre sus súbditos que la que les daba el derecho y la justicia, y por esto, y porque los que á la sazón eran tiranos se ejercitaban en ciencia y virtud, sus mandos no eran tan envidiados ni tan odiosos al pueblo como lo fueron después, porque no cobraban otros tributos á los súbditos y ciudadanos

sino la veintena parte de su renta, y con ésta hacían muchos edificios y reparos en la ciudad, y adornaban los templos con sacrificios, y mantenían grandes guerras con sus vecinos y comarcanos.

En lo demás dejaban el mando y gobierno enteramente á la ciudad para que se gobernase según sus leyes y costumbres antiguas, excepto que, por su autoridad, uno de ellos era siempre elegido por el pueblo para los cargos más principales de la República, que le duraban un año.

El hijo de Hipias, llamado Pisistrato como su abuelo, teniendo mando y señorío en Atenas después de la muerte de su padre, hizo en medio del mercado un templo dedicado á los doce dioses, y entre ellos un ara en honor del dios Apolo Pitio, con un letrero que después fué por el pueblo cancelado, pero todavía se puede leer aunque con dificultad por estar las letras medio borradas, el cual letrero dice así: «Pisistrato, hijo de Hipias, puso esta memoria de su imperio y señorío en el templo de Apolo Pitio.»

Lo que arriba he dicho de que Hipias, hijo de Pisistrato, tuvo el mando y señorío en Atenas porque era el hijo mayor, no solamente lo puedo afirmar por haberlo averiguado con certeza, sino que también lo podrá saber cualquiera por la fama que hay de ello. No se hallará que ninguno de los hijos legítimos de Pisistrato tuviese hijos sino él, según se puede ver por los letreros antiguos que están en las columnas del templo y en la fortaleza de Atenas, en que se hace memoria de las arbitrariedades de los tiranos, y donde nada absolutamente se dice de los hijos de Hiparco y de Tesalo, sino solamente de cinco hijos que hubo Hipias en Mirrina, su mujer, hija de Callias, hijo á su vez de Hiperoquide. Como es verosímil que el mayor de estos hijos se casó primero, y también en el mismo epitafio se le nombra el primero, de creer es que sucedió en la tiranía y señorío á su padre, pues iba por éste á embajadas y á otros cargos. Esto es lo que tiene alguna apariencia de verdad, porque si Hiparco

fuerá muerto cuando tenía el señorío no lo hubiera podido tener Hipias, inmediatamente. Se le ve, sin embargo, ejercitar el mando y señorío el mismo día que murió el otro, como quien mucho tiempo antes usa de su autoridad con los súbditos y no teme ocupar el mando y señorío por ningún suceso que le ocurra á su hermano, como lo temiera éste si le acaeciese á Hipias, que ya estaba acostumbrado y ejercitado en el cargo.

Mas lo que principalmente dió esta fama á Hiparco, y hace creer á todos los que vinieron después, que fué el mismo que tuvo el mando y señorío de Atenas, es el desastre que le ocurrió con motivo de lo arriba dicho, porque viendo que no podía atraer á Hermodio á su voluntad le urdió esta trama.

Tenía este Hermodio una hermana doncella, la cual yendo en compañía de otras doncellas de su edad á ciertas fiestas y solemnidades que se hacían en la ciudad, y llevando en las manos un canastillo ó cestilla como las otras vírgenes, Hiparco la mandó echar fuera de la compañía por los ministros, diciendo que no había sido llamada á la fiesta, pues no era digna ni merecedora de hallarse en ella. Quería dar á entender por estas palabras que no era virgen.

Esto ocasionó gran pesar á Hermodio, hermano de la doncella, y mucho más á Aristogiton por causa de su afecto á Hermodio, y ambos, juntamente con los cómplices de la conjuración, se dispusieron á ejecutar su venganza. Para poderla realizar mejor, esperaban que llegasen las fiestas que llaman las grandes Panateneas, porque en aquel día era lícito á cada cual llevar armas por la ciudad sin sospecha alguna, y fué acordado entre ellos que el mismo día de la fiesta Hermodio y Aristogiton acometiesen á Hiparco, y los cómplices y conjurados á sus ministros.

Aunque estos conjurados eran pocos en número para tener la cosa más secreta, fácilmente se persuadían de que cuando los otros ciudadanos que se hallasen juntos en aquellas fiestas les viesen dar sobre los tiranos, aun-

que anteriormente no supiesen nada del hecho, viéndose todos con armas se unirían ellos y los favorecerían y ayudarian para recobrar también su libertad.

Llegado el día de la fiesta, Hipias estaba en un lugar, fuera de la ciudad, llamado Ceramico con sus ministros y gente de guarda ordenando las ceremonias y pompas de aquella fiesta según correspondía á su cargo, y cuando Hermodio y Aristogiton iban hacia él con sus dagas empuñadas para matarle, vieron á uno de los conjurados que estaba hablando familiarmente con Hipias, porque era muy fácil y humano en dar á todos audiencia. Cuando así le vieron hablar, temieron que aquél le hubiese descubierto la cosa y ser inmediatamente presos, por lo cual, ante todas cosas, determinaron tomar venganza del que había sido causa de la conjuración, es decir, de Hiparco. Entraron para ello en la ciudad y hallaron á Hiparco en un lugar llamado Leucorio, y por la gran ira que tenían dieron sobre él con tanto ímpetu que le mataron en el acto.

Hecho esto, Aristogiton se salvó al principio entre los ministros del tirano, pero después fué preso y muy mal herido, Hermodio quedó allí muerto.

Al saber Hipias en Ceramaico lo ocurrido no quiso ir inmediatamente al lugar donde el hecho había sucedido, sino fué á donde estaban reunidos los de la ciudad armados para salir con pompa en la fiesta antes de que supiesen el caso, y disimulando y mostrando un rostro alegre, como si nada ocurriera, mandó á todos como estaban que se retirasen sin armas á un cierto lugar que les mostró, lo cual ellos hicieron pensando que les quería decir algo, y cuando llegaron envió sus ministros para que les quitasen las armas y se apoderasen de aquellos de quien tenía sospecha, principalmente de los que hallasen con dagas, porque la costumbre era en aquella fiesta y solemnidad usar lanzas y escudos solamente.

De esta manera, el amor impuro fué principio y causa del primer intento y empresa contra los tiranos de Atenas, y ejecutóse temerariamente por el repentino miedo

que tuvieron los conjurados de ser descubiertos, de lo cual siguieron después mayores daños, y más á los Atenienses, porque en adelante los tiranos fueron más crueles que habían sido hasta entonces.

Hipias, por temor y sospechas de que atentaran contra él, mandó matar á muchos ciudadanos Atenienses, y procuró la alianza y amistad de los extranjeros, para tener más seguridad en el caso de que hubiera alguna mudanza en su estado. Por esta causa casó su hija, llamada Arquedice, con Hipocro, hijo de Aiantidas, tirano y señor de Lampsaco, y porque sabía que este Aiantidas tenía gran amistad con el rey Dario de Persia, y podía mucho con él. De Arquedice se ve hoy en día el sepulcro en Lampsaco, donde está un epitafio del tenor siguiente:

«AQUÍ YACE ARQUEDICE,
HIJA DE HIPIAS, AMPARADOR Y DEFENSOR DE GRECIA,
LA CUAL, AUNQUE HUBO EL PADRE Y MARIDO
Y HERMANO É HIJOS REYES TIRANOS,
NO POR ESO SE ENGRIÓ NI ENSOBERBECIÓ
PARA MAL NINGUNO.»

Tres años después de pasado este hecho que arriba contamos, fué Hipias echado por los Lacedemonios y los Alcmeonides, desterrados de Atenas, de la tiranía y señorío de esta ciudad. Retiróse primero por propia voluntad á Sigeo, y después á Lampsaco, con su consuegro Aiantidas. De allí se fué con el rey Dario de Persia, y veinte años después, siendo ya muy viejo, vino con los Medos contra los Griegos, peleando en la jornada de Maraton.

Trayendo á la memoria estas cosas antiguas, el pueblo de Atenas estaba más exasperado y receloso, y se movía más para la pesquisa de aquel hecho de las imágenes de Mercurio destrozadas y de los misterios y sacrificios violados y profanados que antes hemos referido, temiendo volver á la sujeción de los tiranos, y creyendo que todo aquello fuera hecho con intento de alguna conjuración y

tiranía. Por esta causa fueron presas muchas personas principales de la ciudad, y cada día crecía más la persecución é ira del pueblo, y aumentaban las prisiones, hasta que uno de los que estaban presos, y que se presumía fuera de los más culpados, por consejo y persuasión de uno de sus compañeros de prisión, descubrió la cosa, ora fuese falsa ó verdadera, porque nunca se pudo averiguar la verdad, ni antes ni después, salvo que aquél fué aconsejado de que si descubría el hecho acusándose á sí mismo y algunos otros, libraría de sospecha y peligro á todos los otros de la ciudad, y tendría seguridad, haciendo esto, de poderse escapar y salvarse.

Por esta vía aquél confesó el crimen de las estatuas culpándose y culpando á otros muchos que decía haber participado con él en el delito. El pueblo, creyendo que decía verdad, quedó muy contento, porque antes estaba muy atribulado por no saber ni poder hallar indicio ni rastro alguno de aquel hecho entre tan gran número de gente.

Inmediatamente dieron libertad al que había confesado el crimen, y con él á los que había salvado. Todos los otros que denunció, y pudieron ser presos, sufrieron pena de muerte, y los que se escaparon fueron condenados á muerte en rebeldía, prometiendo premio á quien los matase, sin que se pudiese saber por verdad si los que habían sido sentenciados tenían culpa ó no.

Aunque para en adelante la ciudad pensaba haber hecho mucho provecho, en cuanto á Alcibiades, acusado de este crimen por sus enemigos y adversarios, que le culpaban ya antes de su partida, el pueblo se enojó mucho, y teniendo por averiguada su culpa en el hecho de las estatuas, fácilmente creía que también había sido partícipe en el otro delito de los sacrificios con los cómplices y conjurados contra el pueblo.

Creció más la sospecha porque en aquella misma sazón vino alguna gente de guerra de los Lacedemonios hasta el Estrecho del Peloponeso, so color de algunos tratos que tenían con los Beocios, lo cual creían que había sido

por instigación del mismo Alcibiades, y que de no haberse prevenido los Atenienses deteniendo á los ciudadanos que habían preso por sospechas, y castigado á los otros, la ciudad estaría en peligro de perderse por traición.

Fué tan grande la sospecha que concibieron, que toda una noche estuvieron en vela, guardando la ciudad, armados en el templo de Teseo: y en este mismo tiempo los huéspedes y amigos de Alcibiades, que estaban en la ciudad de Argos por rehenes, fueron tenidos por sospechosos de que querían organizar algún motín en la ciudad, de lo cual, como diesen aviso á los Atenienses, permitieron éstos á los Argivos que matasen á aquellos ciudadanos de Atenas que les fueron dados en rehenes, y enviados por ellos á ciertas islas.

De esta manera era tenido Alcibiades por sospechoso en todas partes; y los que le querían llamar á juicio para que le condenasen á muerte, procuraron hacerle citar en Sicilia, y juntamente á los otros sus cómplices, de quien antes hemos hablado. Para ello enviaron la nave llamada Salamina, y mandaron á sus nuncios le notificasen que inmediatamente les siguiese y viniera con ellos á responder al emplazamiento, pero que no le prendiesen, así por temor á que los soldados que tenía á su cargo se amotinasen, como también por no estorbar la empresa de Sicilia, y principalmente por no indignar á los Mantineos ni á los Argivos, ni perder su amistad, pues éstos, por intercesión del mismo Alcibiades, se habían unido á los Atenienses para aquella empresa.

Viendo Alcibiades el mandato y plazo que le hacían de parte de los Atenienses, se embarcó en un trireme, y con él todos los cómplices que fueron citados, y partieron con la nave Salamina, que había ido á citarles, fingiendo que querían ir en su compañía desde Sicilia á Atenas; mas cuando llegaron al cabo de Turia, se apartaron de la Salamina, y viendo los de esta nave que los habían perdido de vista, y no podían hallar rastro aunque procuraban saber noticias de ellos, se dirigieron á Atenas.

Poco tiempo después, Alcibiades partió de Turia, y fué á desembarcar en tierra del Peloponeso, como desterrado de Atenas.

Al llegar la Salamina al Pireo, fué condenado á muerte en rebeldía por los Atenienses, como también los que le acompañaban.

XI.

Después de la partida de Alcibiades, los dos jefes de la armada que quedaron ejecután algunos hechos de guerra en Sicilia, sitiando á Siracusa y derrotando á los Siracusanos.

Después de la partida de Alcibiades los otros dos capitanes de los Atenienses que quedaron en Sicilia dividieron el ejército en dos partes, y por suerte cada cual tomó á su cargo una.

Hecho esto partieron ambos con todo el ejército hacia Selinonte y Egesta para saber si los Egestanos estaban decididos á darles el socorro de dinero que les habían prometido, y conocer el estado en que encontraban los negocios de los Selinontes, y las diferencias que tenían con los Egestanos.

Navegando al largo de la mar, dejando á la isla de Sicilia á la parte de mar de Jonia, á mano izquierda, vinieron á aportar delante de la ciudad de Imera, la única en aquellas partes habitada por Griegos; pero los de Imera no quisieron recibir á los Atenienses, y al partir de allí fueron derechamente á una villa nombrada Hicara, la cual, aunque poblada por Sicilianos, era muy enemiga de los Egestanos, y por esta causa la robaron y saquearon, entregándola después á los Egestanos.

Entretanto llegó la gente de á caballo de los Egestanos, que con la infantería de los Atenienses se internaron en la isla, robando y destruyendo todos los lugares que hallaron hasta Catania. Sus barcos iban costeando á

lo largo de la mar, y en ellos cargaban toda la presa que cogían, así de cautivos y bestias como de otros despojos.

Al partir de Hicara, Nicias fué derechamente á la ciudad de Egesta, donde recibió de los Egestanos treinta talentos para el pago del ejército, y habiendo provisto allí las cosas necesarias, volvió con ellos al ejército.

Además de esta suma percibió hasta ciento y veinte talentos que importó el precio de los despojos vendidos.

Después fueron navegando alrededor de la isla, y de pasada ordenaron á sus aliados y confederados que les enviaran la gente de socorro que les habían prometido, y así, con la mitad de su armada vinieron á aportar delante de la villa de Hibla, que está en tierra de Gela, y era del partido contrario, pensando tomarla por asalto; mas no pudieron salir con su empresa, y en tanto llegó el fin del verano.

Al principio del invierno los Atenienses dispusieron todas las cosas necesarias para poner cerco á Siracusa, y también los Siracusanos se preparaban para salirles al encuentro, porque al ver que los Atenienses no habían osado acometerles antes, cobraron más ánimo y les tenían menos temor. Alentábales el saber que habiendo recorrido los enemigos la mar por la otra parte, bien lejos de su ciudad, no pudieron tomar la villa de Hibla; de lo cual los Siracusanos estaban tan orgullosos, que rogaban á sus capitanes los llevasen á Catania donde acampaban los Atenienses puesto que no osaban ir contra ellos, y los Siracusanos de á caballo iban diariamente á correr hasta el campo de los enemigos. Entre otros baldones y denuestos que les decían, preguntábanles si habían ido para morar en tierra ajena y no para restituir á los Leontinos en la suya.

Entendiendo esto los capitanes Atenienses, procuraban atraer los caballos Siracusanos y apartarlos lo más lejos que pudiesen de la ciudad, para después más seguramente llegar de noche con su armada delante de Siracusa y establecer su campamento en el lugar que les pare-

ciese más conveniente, pues sabían bien que si al saltar en tierra hallaban á los enemigos en orden y á punto para impedirles el desembarco, ó si querían tomar el camino por tierra con el ejército desde allí hasta la ciudad, les sería más dificultoso, porque la caballería podría hacer mucho daño á sus soldados que iban armados á la ligera, y aun á toda la infantería, á causa de que los Atenienses tenían muy poca gente de á caballo, y haciendo lo que habían pensado, podrían, sin estorbo alguno, tomar el lugar que quisiesen para asentar su campamento antes que la caballería Siracusana volviese. El lugar más conveniente se lo indicaron algunos desterrados de Siracusa, que acompañaban al ejército y era junto el templo del Olimpo.

Para poner en ejecución su propósito usaron de este ardid; enviaron un espía, en quien confiaban mucho á los capitanes Siracusanos, sabiendo de cierto que darían crédito á lo que les dijese. Este fingió ser enviado por algunas personas principales de la ciudad de Catania, de donde era natural, y los mismos capitanes le conocían muy bien, y sabían su nombre, diciéndoles que éstos de Catania eran todavía de su partido, y que si querían ellos les harían ganar la victoria contra los Atenienses por este medio. Una parte de los Atenienses estaban aun dentro de la villa sin armas. Si los Siracusanos querían salir un día señalado de su ciudad é ir con todas sus fuerzas á la villa, de manera que llegasen al despuntar el alba los principales de Catania, que les nombró por amigos con sus cómplices, expulsarian fácilmente á los Atenienses que estaban dentro de la villa y pondrían fuego á los barcos que tuvieran en el puerto: hecho esto los Siracusanos daban sobre el campo de los Atenienses asentado fuera de la villa y los podrían vencer y desbaratar sin riesgo ni peligro.

Además decía que había otros muchos ciudadanos en Catania convenientes para esta empresa, los cuales estaban prontos y determinados á ponerla por obra, y que por esto sólo le habían enviado.

Los capitanes Siracusanos que eran atrevidos, y además tenían codicia de buscar á los enemigos en su campo, creyeron de ligero á este espía, y conviniendo con él el día en que se habían de hallar en Catania, le enviaron con la respuesta á los mismos principales habitantes, que el espía decía haberle dado aquella comisión.

El día señalado salieron todos los de Siracusa con el socorro de los Selinontes y algunos otros aliados que habían ido para ayudarles. Iban sin orden ni concierto alguno por la gana que tenían de pelear, y fueron á alojarse en un lugar cerca de Catania, junto al río de Simeto, en tierra de los Leontinos.

Entonces los Atenienses, sabiendo de cierto su llegada, mandaron embarcar toda la gente de guerra que tenían, así Atenieses como Sicilianos, y algunos otros que se les habían unido, y de noche desplegaron las velas y navegaron derechamente hacia Siracusa, donde arribaron al amanecer y echaron áncoras en el gran puerto que está delante del templo de Olimpo para saltar en tierra.

Entretanto la gente de á caballo de los Siracusanos que había partido para Catania, al saber que todos los barcos de la armada de los Atenienses habían partido de Catania, dieron aviso de ello á la gente de á pie, y todos se volvieron para acudir en socorro de su ciudad; mas por ser el camino largo por tierra, antes de que pudiesen llegar, los Atenienses habían desembarcado y alojado su campo en el lugar escogido por mejor, desde donde podían pelear con ventaja sin recibir daño de la gente de á caballo antes que pudiesen hacer sus parapetos, y menos después de hacerlos, porque estaba resguardado de baluartes y algunos edificios viejos que había allí, y además por la mucha arboleda y un estanque y cavernas de madera, de suerte que no podían venir sobre ellos por aquel lado, sobre todo, gente de á caballo. Por la otra parte, habían cortado muchos árboles que estaban cerca, y los habían llevado al puerto, clavándolos atravesados en cruz para impedir ó estorbar

que pudiesen atacar á los barcos. También por la parte que su campo estaba más bajo y la entrada mejor para los enemigos, hicieron un baluarte con grandes piedras y maderos á toda prisa, de suerte que con gran dificultad podían ser atacados por allí, después rompieron el puente que había por donde podían pasar á las naves.

Todo esto lo hicieron sin riesgo y sin que persona alguna saliese de la ciudad á estorbarlos, porque todos estaban fuera, como he dicho, y no habían vuelto de Catania. La caballería llegó primero y poco después toda la gente de á pie que había salido del pueblo. Todos juntos fueron hacia el campo de los Atenienses, mas viendo que no salían contra ellos, se retiraron y acamparon á la otra parte del camino que va á Helorino.

Al día siguiente los Atenienses salieron á pelear, y ordenaron sus haces de esta manera. En la punta derecha pusieron á los Argivos y Mantineos, en la siniestra los otros aliados y en medio los Atenienses. La mitad del escuadrón estaba compuesto de ocho hileras por frente, y la otra mitad situada á la parte de las tiendas y pabellones de otras tantas todo cerrado. A esta posterior mandaron que acudiese á socorrer á la parte que viesen en aprieto. Entre estos dos escuadrones pusieron el bagaje, y la gente que no era de pelea.

De la parte contraria, los Siracusanos pusieron á punto su gente así los de la ciudad como los extranjeros todos bien armados, entre los cuales estaban los Selinontes, que fueron los primeros en avanzar, y tras ellos los de Gela que eran hasta doscientos caballos y los de Camarino hasta veinte, y cerca de cincuenta flecheros. Pusieron todos los de á caballo en la punta derecha que serían hasta mil y doscientos, y tras ellos toda la otra infantería y los tiradores. Estando las haces ordenadas á punto de batalla, porque los Atenienses eran los primeros que habían de acometer, Nicias, su capitán, puesto en medio de todos les habló de esta manera.

XII.

Arenga de Nicias á los Atenienses para animarlos á la batalla.

«Varones Atenienses y vosotros nuestros aliados y compañeros de guerra, no necesito haceros grandes amonestaciones para la batalla, aunque para esto solo os habéis reunido aquí; y no lo necesito, porque á mi parecer este aparato de guerra que al presente veis que tenemos tan bueno, es más que bastante para daros esfuerzo y osadía, y mejor que todas las razones por convincentes que fuesen, si por el contrario tuviésemos fuerzas muy flacas. Porque estando aquí juntos Argivos, Mantineos y Atenienses, y los mejores y más principales de las islas, decidme, ¿hay razón para que con tantos y tan buenos amigos y compañeros de guerra no tengamos por cierta y segura la victoria? Con tanto más motivo cuanto que nuestra contienda es con hombres de comunidad y canalla, no escogidos para pelear como nosotros, y estos sicilianos aunque de lejos nos desafían, de cerca no se atreverán á esperarnos, porque no tienen tanto saber ni experiencia en las armas cuanto atrevimiento y osadía.

»Por tanto, bueno será que cada cual de vosotros piense consigo mismo que aquí estamos en tierra extraña y muy lejos de la nuestra, y que por ninguna vía estos sicilianos serán amigos nuestros, ni los podemos conquistar ni ganar de otra suerte sino con las armas en la mano peleando animosamente.

»Quiero, pues, deciros todas las razones contrarias á las que sé muy bien que dirán los capitanes enemigos á los suyos. Diránles que miren pelean por la honra y defensa de su tierra, y yo os digo que miréis que nosotros estamos en tierra extraña, en la cual nos conviene vencer peleando, ó perder del todo la esperanza de poder regre-

sar salvos á la nuestra, pues sabemos la mucha caballería que tienen, con la cual nos podrán destruir si una vez nos viesen desordenados.

»Así, pues, como hombres valientes y animosos, acordándoos de vuestra virtud y esfuerzo, acometed con ánimo y corazón á vuestros enemigos, y pensad que la necesidad en que podemos encontrarnos es mucho más de temer que las fuerzas y poder de los enemigos.»

Cuando Nicias arengó de esta manera á los suyos, mandó que saliesen derechamente contra los enemigos, los cuales no esperaban que los Atenienses les presentaran la batalla tan pronto, y por esta causa algunos habían ido á la ciudad que estaba cerca de su campamento. Mas al saber la venida de los enemigos salieron á buen trote de la ciudad para unirse con los suyos y ayudarles, aunque no pudieron ir ordenadamente, sino mezclados y entremetidos unos con otros.

En esta batalla, como en las otras, mostraron que no tenían menos esfuerzo y osadía que los contrarios ni menos saber ni experiencia de la guerra que los Atenienses, defendiéndose y acometiendo valerosamente al ver la oportunidad, y cuando les era forzado retirarse lo hacían, aunque muy contra su voluntad.

Esta vez, no creyendo que los Atenienses les acometerían los primeros, y á causa de ellos, cogidos por sorpresa, arrebataron sus armas y les salieron al encuentro.

Al principio hubo una escaramuza de ambas partes entre los honderos y flecheros y tiradores que duró buen rato, revolviendo los unos sobre los otros, según suele suceder en tales encuentros de gente de guerra armados á la ligera. Mas después que los adivinos de una parte y de la otra declararon que los sacrificios se les mostraban prósperos y favorables, dieron la señal para la batalla, y llegaron á encontrarse los unos contra los otros en el orden arriba dicho con gran ánimo y osadía, porque los Siracusanos tenían en cuenta que peleaban por su patria, por la vida y salud de todos y por su libertad en lo porvenir, y por el contrario, los Atenienses, pensaban que

combatían por conquistar y ganar la tierra ajena, y no recibir mal ni daño en la suya propia si fuesen vencidos, y los Argivos y los otros aliados suyos que eran libres y frances, por ayudar á los Atenienses señaladamente en aquella jornada, y también por la codicia que cada cual de ellos tenía de volver rico y victorioso á su tierra.

Los otros súbditos de los Atenienses peleaban también de tan buena gana, porque no esperaban poder regresar salvos á su tierra si no alcanzaban la victoria, y aunque otra cosa no les moviera, pensaban que haciendo su deber, y peleando valientemente, en adelante serían mejor tratados por sus señores, por razón de haberles ayudado á conquistar tan hermosa tierra.

Cuando cesaron los tiros de venablos y piedras de una parte y de otra, al venir á las manos, pelearon gran rato sin que los unos ni los otros retrocediesen; mas estando en el combate sobrevino un gran aguacero con muchos truenos y relámpagos, de lo cual los Siracusanos, que entonces peleaban por primera vez, se esparcieron grandemente por no estar acostumbrados á las cosas de la guerra; pero los Atenienses, que tenían más experiencia y estaban habituados á ver semejantes tempestades, atribuyeron aquello á la estación del año y no hacían acaso. Esto aumentó el miedo de los Siracusanos pensando que los enemigos tomaban aquellas señales del cielo en su favor y en daño de ellos.

Los primeros de todos los Argivos por una parte y los Atenienses por otra, cargaron tan reciamente sobre el ala izquierda de los Siracusanos que los desbarataron y pusieron en huída, aunque no los siguieron gran trecho al alcance, por temor á la gente de á caballo de los enemigos, que era mucha y no había sido aún rota, sino que estaba firme y fuerte en su posición, y cuando iban algunos de los Atenienses demasiado adelante, los suyos salían á ellos y los detenían mal de su grado.

Por esta causa los Atenienses seguían cerrados en un escuadrón al alcance á los Siracusanos que huían hacia donde pudieron. Después se retiraron en orden á su

campo, y allí levantaron trofeo en señal de victoria. Los Siracusanos se retiraron asimismo lo mejor que pudieron, y se reunieron en su campamento, junto al camino de Elorino. Desde allí enviaron parte de su gente al templo de Olimpo que estaba cerca, temiendo que los Atenienses fueran á robarlo, porque había dentro gran cantidad de oro y plata, y el resto del ejército se metió en la ciudad. Los Atenienses no quisieron ir hacia el templo ocupándose en recoger los suyos que habían muerto en la batalla, y estuvieron quedos aquella noche.

Al día siguiente los Siracusanos reconociendo la victoria á los Atenienses les pidieron sus muertos para sepultarlos, hallando entre todos, así de los ciudadanos como de sus aliados, hasta doscientos cincuenta, y de los Atenienses y de sus aliados cerca de cincuenta.

Cuando los Atenienses quemaron los muertos, según tenían por costumbre, recogidos sus huesos con los despojos de los enemigos volvieron á Catania, porque ya se acercaba el invierno, y no era tiempo de hacer guerra, ni tampoco tenían buenos recursos para hacerla hasta que llegara la gente de á caballo que esperaban, así de los Atenienses como de sus aliados, y además dinero para pagar los equipos y provisiones necesarias. Proyectaban también tener durante el invierno negociaciones e inteligencias con algunas ciudades de Sicilia, y atraerlas á su devoción y partido, teniendo por causa bastante el buen suceso de la victoria alcanzada, y además querían acopiar las provisiones de vituallas y de todas las otras cosas necesarias para poner de nuevo cerco á Siracusa en el verano. Estas fueron en efecto las causas principales que movieron á los Atenienses á pasar el invierno en Catania y en Najo.

XIII.

Los Siracusanos, después de nombrar nuevos jefes y de ordenar bien sus asuntos, hacen una salida contra los de Catania.— Los Atenienses no pueden tomar á Mesina.

Después que los Siracusanos sepultaron sus muertos é hicieron las exequias acostumbradas, se reunieron todos en consejo, y en este ayuntamiento Hermócrates, hijo de Hermon, que era tenido por hombre sabio y prudente y avisado para todos los negocios de la República, y muy experimentado en los hechos de la guerra, les dijo muchas razones para animarles, diciendo que la pérdida pasada no había sido por falta de consejo, sino por haberse desordenado; ni era tan grande como pudiera razonablemente esperarse, considerando que de su parte no había sino gente vulgar y no experimentados en la guerra, y que los Atenienses, sus enemigos, eran los más belicosos de toda Grecia, y tenían la guerra por oficio más que otra cosa alguna. Además les había dañado en gran manera los muchos capitanes que tenían los Siracusanos que pasaban de quince, los cuales no eran muy obedecidos por los soldados.

Empero si querían elegir pocos capitanes buenos y experimentados, y mientras pasase el invierno reunir buen número de gente de guerra, proveer de armas á los que no las tenían y ejercitarles en ellas en todo este tiempo, podían tener esperanza de vencer á sus contrarios á tiempo venidero con tal que juntasen á su esfuerzo y osadía, buen orden y discreción, porque hay dos cosas muy necesarias para la guerra, el orden para saber prevenir y evitar los peligros, y el esfuerzo y osadía para poner en ejecución lo que la razón y discreción les mostrase.

Dijoles que también era necesario que los capitanes

que eligiesen, siendo pocos como arriba es dicho, tuviesen poder y autoridad bastante en las cosas de guerra para hacer todo aquello que les pareciese necesario y conveniente para bien y pro de la República, tomándoles el juramento acostumbrado en tal caso, y por esta vía se podrían tener secretas las cosas que debían ser ocultas, y hacerse todas las otras provisiones necesarias sin contradicción alguna.

Cuando los Siracusanos oyeron las razones de Hermócrates todos las aprobaron y tuvieron por buenas, é inmediatamente eligieron al mismo Hermócrates por uno de tres capitanes, y con él á Heráclides, hijo de Lisimaco, y á Sicano, hijo de Excesto. Estos tres nombraron embajadores para rogar á los Lacedemonios y á los Corintios que se unieran con ellos contra los Atenienses, y que todos á una les hiciesen tan cruel guerra en su tierra misma, que les fuese forzoso dejar á Sicilia para ir á defender su patria, y si no quisiesen hacer esto que á lo menos enviasen á los Siracusanos socorro de gente de guerra por mar.

La armada de los Atenienses que estaba en Catania fué derechamente á Mesina con esperanza de poderla tomar por tratos é inteligencias con algunos de los ciudadanos, más no pudieron lograr su empresa porque Alcibiades, sabiendo estos tratos, después que partió del campamento y viéndose ya desterrado de Atenas, por hacer daño á los Atenienses descubrió en secreto la traición á los de la ciudad, que eran del partido de los Siracusanos, los cuales primeramente mataron á los ciudadanos que hallaron culpados, y después excitaron á los otros del pueblo contra los Atenienses, y todos á una opinaron que no fueran recibidos en la ciudad.

Los Atenienses después de estar trece días delante de la ciudad, viendo que el invierno llegaba, que comenzaban á faltarles los víveres, y también que no podían lograr su propósito, se retiraron á Najo, donde fortificaron su campo con fosos y baluartes para pasar el invierno, y enviaron un trireme á Atenas para que les mandaran so-

corro de gente de á caballo y dinero, á fin de que al llegar la primavera pudiesen salir al campo con su gente.

Por otra parte los Siracusanos durante el invierno cercaron de muro y fortalecieron todo el arrabal, que está á la parte de Epipoli, para que, si por mala dicha, otra vez fuesen vencidos en batalla, tuviesen mayor sitio donde acogerse dentro de la cerca de la ciudad. Además hicieron nuevas fortificaciones junto al templo de Olimpo y el lugar llamado Megara, y pusieron gente de guarnición en estas playas. Para más seguridad construyeron fuertes en todas las partes donde los enemigos pudiesen saltar en tierra contra los de la ciudad.

Sabiendo después que los Atenienses invernaban en Najo, salieron de la ciudad con toda la gente de armas que en ella había, y fueron derechamente á Catania, robaron y talaron la tierra, y quemaron las tiendas y pabellones que los Atenienses habían dejado de cuando asentaron allí su campamento, y hecho esto regresaron á sus casas.

XIV.

Los Atenienses por su parte, y los Siracusanos por la suya, envian embajadores á los de Camarina para procurar su alianza.

— Respuesta de los Camarinos. — Aprestos belicosos de los Atenienses contra los Siracusanos en este invierno.

Pasadas estas cosas, y advertidos los Siracusanos de que los Atenienses habían enviado embajadores á los Camarinos para confirmar la confederación y alianza que en tiempo pasado habían hecho con Laches, capitán que á la sazón era de los Atenienses, también les enviaron embajadores, porque no confiaban mucho en ellos, á causa de que en la anterior jornada se habían mostrado perezosos en enviarles socorro; sospechaban que en adelante no les quisiesen ayudar, y acaso favorecer el partido de los Atenienses, viendo que habían sido vence-

dores en la batalla, haciendo esto so color de aquella confederación y alianza antigua.

Llegados á Camarina, de parte de los Syracusanos, Hermócrates con algunos otros embajadores, y de la de los Atenienses, Eufemo con otros compañeros, el primero de todos, Hermócrates, delante de todo el pueblo que para esto se había reunido, queriendo acriminar á los Atenienses, habló de esta manera:

«Varones Camarinos, no penséis que somos aquí enviados de parte de los Siracusanos por temor alguno que tengamos de que os asuste esta armada y poder de los Atenienses, sino por sospecha de que con sus artificios y sutiles razones os persuadan de lo que quieren, antes que podáis ser avisados por nosotros.

»Vienen á Sicilia so color y con el achaque que vosotros habéis oído, pero con otro pensamiento que todos sospechamos. Y á mi parecer, tengo por cierto que no han venido para restituir á los Leontinos en sus tierras y posesiones, sino antes para echarnos de las nuestras, pues no es verosímil que los que echan á los naturales de Grecia de sus ciudades, quieran venir aquí para restituir á los de esta tierra en las ciudades de donde fueron expulsados, ni que tengan tan gran cuidado de los Leontinos como dicen, porque son Calcidenses como sus deudos y parientes, y á los mismos Calcidenses, de donde estos Leontinos descienden, los han puesto en servidumbre. Antes es de pensar que, con la misma ocasión que tomaron la tierra de aquéllos, quieren ahora ver si pueden tomar estas nuestras.

»Como todos sabéis, siendo estos Atenienses elegidos por caudillos del ejército de los Griegos para resistir á los Medos por voluntad de los Jonios y otros aliados suyos, los sujetaron y pusieron bajo su mando y señorío, á unos so color de que habían despedido la gente de guerra sin licencia, á los otros con achaque de las guerras y diferencias que tenían entre sí, y á otros por otras causas que ellos hallaron buenas para su propósito cuando vieron oportunidad de alegarlas.

»De manera, que se puede decir con verdad, que los Atenienses no hicieron entonces la guerra por la libertad de Grecia, ni tampoco los otros Griegos por su libertad, sino que la hicieron á fin de que los Griegos fuesen sus siervos y súbditos antes que de los Medos, y los mismos Griegos pelearon por mudar de señor, no por cambiar señor mayor por menor, sino solamente uno que sabe mandar mal por otro que sabe mandar bien.

»Y aunque la ciudad y república de Atenas, con justa causa, sea digna de reprensión, empero no venimos ahora aquí para acriminarla delante de aquellos que saben y entienden muy bien en lo que éstos nos pueden haber injuriado, sino para acusar y reprender á nosotros mismos los Sicilianos, que teniendo ante los ojos los ejemplos de los otros Griegos sujetados por los Atenienses no pensamos en defendernos de ellos, y en desechar estas sus cautelas y sofisterías con que pretenden engañarnos, diciendo que han venido para ayudar y socorrer á los Leontinos como á sus deudos y parientes, y á los Egestanos como á sus aliados y confederados.

»Paréceme, pues, que debemos pensar en nuestro derecho y mostrarles claramente que no somos Jonios ni Helespontinos, ni otros isleños siempre acostumbrados á someterse á los Medos ó á otros, mudando de señor según quien les conquista, sino que somos Dorios de nación, libres y frances, y naturales del Peloponeso, que es tierra libre y franca, y que habitamos en Sicilia.

»No esperemos á ser tomados y destruidos ciudad por ciudad, sabiendo de cierto que por esta sola vía podemos ser vencidos, y viendo que éstos sólo procuran apartarnos y desunirnos, á unos con buenas palabras y razones, y á otros con la esperanza de su amistad y alianza, y revolvernos á todos para que nos hagamos guerra unos á otros, usando de muy dulces y hábiles palabras ahora, para después hacernos todo el mal que pudieren cuando vieran la suya.

»Y si alguno hay entre vosotros que piense que el mal que ocurriese al otro, no siendo su vecino cercano, está

muy lejos de él, que no le podrá tocar el mismo daño y desventura, y que no es él de quien los Atenienses son enemigos, sino sólo los Siracusanos, siendo, por esto, locura exponer su patria á peligro por salvar la mía, le digo que no entiende bien el caso, y que ha de pensar que defendiendo mi patria defiende la suya propia tanto como la mía. y que tanto más seguramente, y más á su ventaja lo hace teniéndome en su compañía antes que yo sea destruído y pueda mejor ayudarle.

»Tengan todos en cuenta que los Atenienses no han venido para vengarse de los Siracusanos á causa de alguna enemistad que tuviesen con ellos, sino queriendo con este pretexto confirmar la amistad y alianza que tienen con vosotros.

»Si alguno nos tiene envidia ó temor, porque siempre ha sido costumbre que los más poderosos sean envidiados ó temidos de los más flacos y débiles, y por esto le parece que cuanto más mal y daño recibieran los Siracusanos tanto más humildes y tratables serán en adelante, y los débiles podrán tener más seguridad; este tal se confía en lo que no está en el poder ni voluntad humana, porque los hombres no tienen la fortuna en su mano como tienen su voluntad, y si la cosa por ventura ocurriera de muy distinta manera que él pensaba, pesándole de su mal propio, querría tener otra vez envidia de mí, y de mis bienes, como la tuvo antes, lo cual sería imposible después de negarme su ayuda en los peligros de la fortuna que se podían llamar tanto suyos como míos, no solamente de nombre y palabra, sino de hecho y de obra. Por tanto, el que nos ayudare y defendiere en este caso, aunque parezca que salva y defiende nuestro Estado y poder, de hecho salva y defiende el suyo propio.

»Y á la verdad, la razón requería que vosotros, Camarinos, pues, sois nuestros vecinos y comarcanos, y corréis el mismo peligro después que nosotros, hubieseis pensado y provisto esto antes, viniendo á socorrernos y ayudarnos más pronto que lo habéis hecho, y de vuestro grado.

y voluntad debieraís venir á amonestarnos y animarnos haciendo lo mismo que nosotros hicéramos si los Atenienses fueran contra vosotros los primeros, lo cual no habéis hecho ni vosotros ni los otros.

»Y si queréis alegar que obráis conforme á justicia siendo neutrales por temor de ofender á unos ó á otros, fundándoos en vuestra confederación y alianza con los Atenienses, no tendréis razón alguna, pues no hicisteis aquella alianza para acometer á vuestros enemigos á voluntad de los Atenienses, sino sólo para socorreros unos á otros si alguno os quisiese destruir.

»Por esta causa los de Regio, aunque Calcidenses de nación, no se han querido unir á los Atenienses para restituir á los Leontinos sus tierras, aunque éstos son Calcidenses también como ellos. Y si los de Regio, no teniendo tan buen motivo como vosotros y, sólo por justificarse, se han portado tan cueradamente en este hecho, ¿cómo queréis vosotros, teniendo causa justa y razonable para excusaros de dar favor y ayuda á los que naturalmente son vuestros enemigos, abandonar á los que son vecinos vuestros, parientes y deudos y uniros con los otros para destruirlos?

»A la verdad, obraréis contra toda razón y justicia si queréis ayudar á vuestros enemigos viendo tan poderosos, cuando, por el contrario, los debieraís temer y sospechar de sus intentos.

»Si todos estuviésemos unidos no tendríamos cosa alguna por qué temerles, como les temeremos por el contrario si nos desunimos, que es lo que ellos procuran con todas sus fuerzas, porque no penséis que han venido á esta tierra solamente contra los Siracusanos, sino contra todos nosotros los de Sicilia, y bien saben que no hicieron contra nosotros el efecto que querían, aunque fuimos vencidos en la batalla, sino que después de la victoria consideraron prudente retirarse pronto.

»De esto se deduce claramente que estando todos juntos y yendo á una, no debemos tener gran temor de ellos, sobre todo cuando llegue el socorro que esperamos de

los Peloponenses que son mucho mejores combatientes que ellos.

»Ni tampoco os debe parecer buen consejo el de ser neutrales y no declararos á favor de una de las partes, diciendo que esto es justo y razonable en cuanto á nosotros, porque sois sus aliados, y lo más cierto y seguro para vosotros; pues aunque el derecho sea igual entre ellos y nosotros, respecto á vosotros, por razón de la alianza arriba dicha, el caso es muy diferente, y si aquellos contra quien se hace la guerra son vencidos por falta de vuestro socorro y los Atenienses quedaran vencedores, podrá decirse que por vuestra neutralidad los unos fueron destruidos y los otros no encontraron obstáculo para hacer mal.

»Por tanto, varones Camarinos, mejor os será ayudar á los que éstos quieren maltratar e injuriar que son vuestros parientes, deudos, vecinos y comarcanos, defendiéndolos y amparándolos por el bien de toda Sicilia, y no permitir que triunfen los Atenienses, que excusaros con ser neutrales y no querer estar de una parte ni de otra.

»Abreviando razones, pues aquí no hay necesidad de ellas para que todos sepamos lo que á cada cual conviene hacer, rogamos y requerimos nosotros, los Siracusanos, á vosotros, Camarinos, para que nos ayudéis y socorráis en este trance, y protestamos de que, si no lo hacéis, seréis causa de que nos venzan y destruyan los Jonios, nuestros mortales enemigos, y de que siendo vosotros Dorios de nación, como también lo somos nosotros, nos dejáis y desamparáis alevosamente, hasta el punto de que si fuéremos vencidos por los Atenienses, será por vuestra falta, y cuando alcancaran la victoria, el premio y galardón que obtendréis no será otro sino el que os quisiere dar el vencedor, pero si nosotros vencemos sufriréis la pena y castigo que mereciereis por haber sido causa de todo el mal y daño que nos pueda sobrevenir.

»Pensando y considerando muy bien esto, desde ahora

escoged una de dos cosas: ó incurrir en perpetua servidumbre por no quereros exponer á peligro, ó si vencierais con los Atenienses no librарos de ser sus súbditos y tenerlos por señores, y á nosotros durante muy largo tiempo por vuestrоs enemigos.»

Con esto acabó su discurso, y tras él se levantó Eufemo, embajador de los Atenienses, que habló de esta manera:

XV.

Discurso de Eufemo, embajador de los Atenienses,
á los Camarinos.

«Varones Camarinos, hemos venido principalmente para renovar y confirmar la amistad y alianza antigua que tenemos con vosotros, pero calumniados por este Siracusano en su discurso, será necesario hablar de nuestro imperio y señorío, y de cómo le tenemos y poseemos con justo título y causa. De ello, este mismo que ha hablado da el mejor y mayor testimonio que ser pudiera, pues dice que los Jonios siempre fueron y han sido enemigos de los Dorios.

»Empero conviene entender la cosa tal y como es cierta, á saber: que nosotros somos Jonios de nación y los Peloponenses Dorios, y porque éstos son muchos más en número que nosotros y nuestros vecinos y comarcanos, hemos procurado por todas las vías y maneras posibles eximirnos de su mando.

»Por esto, después de la guerra con los Medos, teniendo tan buena armada como poseíamos, nos apartamos del mando y dirección de los Lacedemonios que entonces eran los caudillos de toda la hueste de los Griegos, porque no había más razón para que ellos nos mandasen á nosotros que nosotros á ellos, sino la de que ellos eran más poderosos á la sazón que nosotros, y,

por consiguiente, llegando nosotros á ser señores y caudillos de los Griegos que antes estaban sujetos á los Medos, hemos tenido y habitado nuestra tierra, sabiendo de cierto que mientras tuviéremos fuerzas para resistir al poder de los Lacedemonios no hay razón para que debamos estarles sujetos.

»Hablando en realidad de verdad, tenemos buena y justa causa para haber querido sujetar á nuestra dominación á los Jonios y á los otros isleños, aunque además fuieren nuestros parientes y deudos como dicen los Siracusanos, pues estos Jonios vinieron con los Medos contra nuestra ciudad, siendo su metrópoli de donde ellos descienden, y son naturales, por miedo de perder sus casas y posesiones, y no osaron aventurar sus villas y ciudades como nosotros hicimos por guardar y conservar la libertad común de Grecia, antes escogieron por mejor ser siervos y súbditos de los bárbaros Medos por salvar sus bienes y haciendas, y aun venir con ellos contra nosotros para ponernos en la misma servidumbre.

»Por estas razones somos dignos y merecedores de mandar y señorrear á otros, pues sin ninguna excusa dimos para aquella guerra más naves y nos mostramos con más ánimo y corazón que todas las otras ciudades de Grecia, y por la misma causa merecemos tener mando y señorío sobre los Jonios que nos hicieron todo el mal y daño que pudieron cuando se unieron á los Medos.

»Por tanto, si codiciamos aumentar nuestras fuerzas contra los Peloponenses, y no estar más bajo el mando de otro, con derecho y razón queremos tener mando y señorío por haber sido los únicos que desbaratamos y lanzamos á los Medos, ó á lo menos, por la libertad común, nos expusimos á peligro y tomamos á nuestra costa los males y daños de los otros, y principalmente de estos Jonios, como si fueran propios nuestros. Además, á cada cual es lícito, sin envidia ni reprensión, procurar su salud por todas las vías que pudiere, y por esta causa, para nuestra mayor seguridad y defensa, hemos venido aquí á fin de que veáis que esto que os de-

mandamos, es tan útil y provechoso á vosotros como á nosotros, y mostráros las causas por las que éstos nos calumnian y quieren infundir miedo en vuestrós ánimos.

» Sabemos muy bien que los que por temor ó sospecha de alguna cosa son fáciles de ser persuadidos al principio con elocuentes palabras, después, cuando llegan á las obras, hacen aquello que más les conviene. Y ciertamente nosotros tenemos y conservamos nuestro imperio y señorío por temor como arriba hemos dicho, y por la misma causa y razón venimos aquí con intención de guardar y conservar á nuestros amigos en su libertad, no para someterles á nuestra dominación y servidumbre, sino para estorbar que los otros les pongan bajo la suya.

» Ninguno se debe maravillar de que vengamos con tan gruesa armada para ayudar y defender á nuestros amigos, ni menos debe alegar en consecuencia que haríamos tan grandes gastos por cosa que no nos toca en nada, sabiendo que cuanto más poderosos seáis para resistir á los Siracusanos, tanto más seguro estará nuestro estado para con los Peloponenses, porque tanto menos podrán recibir ellos el socorro de los Siracusanos. Esta es la principal cosa en que nos puede aprovechar vuestra amistad y alianza, por la cual asimismo es justo y conveniente que los Leontinos sean restituídos en sus tierras y haciendas, y no estén más tiempo sujetos como están los de Hiblea, sus deudos y parientes, y para que tengan medios de sostener la guerra en nuestro favor contra los Siracusanos.

» Nosotros solos somos bastantes para mantener la guerra en Grecia contra nuestros enemigos en nuestra tierra, y los Calcidenses, nuestros súbditos, por los cuales este Siracusano sin razón nos calumnia diciendo que no es verosímil queramos restituir á estos Leontinos su libertad, teniendo á los Calcidenses en servidumbre, nos ayudarán muy bien, porque eximiéndoles de dar gente para la guerra, nos proveerán de dinero. Asimismo nos

ayudarán los Leontinos que habitan en tierra de Sicilia, y los demás amigos y confederados, mayormente aquellos que viven en más libertad.

»Cierta es que el varón que rige con tiranía, y la ciudad que ejerce mando y señorío, ninguna cosa tiene por mala y fuera de razón si le es provechosa, y ninguna considera suya si no la tienen segura; pero no lo es menos que conviene hacerse amigos ó enemigos según la oportunidad de los tiempos y negocios, y ningún provecho nos traería al presente hacer mal á nuestros amigos, sino al contrario, mantenerlos en su fuerza y poder para que, por medio de ellos, nuestros enemigos sean más débiles. Lo podéis muy bien creer por la forma y manera de vivir que tenemos y guardamos con los otros aliados y confederados en Grecia, de quienes nos servimos según conviene más á nuestro provecho. De los de Chio y de Mantinea tomamos naves, y en lo demás les dejamos vivir en libertad y conforme á sus leyes. A algunos tratamos con más rigor haciéndoles pagar tributo, y á otros con más libertad como amigos y aliados y no como súbditos en cosa alguna, aunque sean isleños y de fácil conquista para los enemigos por estar más cercanos al Peloponeso, y por esta causa más en peligro de ser invadidos por todas partes.

»Debe creerse, pues, que lo que allí hacemos lo queremos también hacer aquí, y que por nuestro provecho deseemos fortaleceros y ayudaros para poner miedo y temor á los Siracusanos que desean sujetaros, y no solamente á vosotros sino también á todos los otros Sicilianos, cosa que podrán muy bien hacer por las grandes fuerzas y poder que tienen, ó por la falta que vosotros tendréis de gente de guerra si nos volviéramos sin hacer nada, que es lo principal que ellos procuran. Por esta causa os hacen sospechar de nosotros, seguros de dominaros, si ahora seguís su partido, porque no tendremos después tan buenos medios para volver aquí con una armada como la de ahora, y ellos, viéndonos ausentes, se hallarán más fuertes y poderosos contra vosotros.

»Si esto que decimos no parece á alguno verdad, se demuestra claramente por la obra, pues al principio cuando nos demandasteis ayuda y socorro, no alegabais para ello otra razón sino el miedo que teníais á que si nosotros dejásemos de venir á socorreros, los Siracusanos podrían venceros y sujetaros, lo cual redundaría en peligro y mucho daño nuestro.

»Sería, pues, en mi opinión, cosa injusta no querer vosotros perseverar en nuestra amistad y alianza por las mismas causas y razones que alegasteis cuando nos la pedisteis, y sospechar de nosotros solamente porque nos veis venir con tan gruesa armada para ser más fuertes y poderosos contra las fuerzas de los Siracusanos.

»Ni esto sería cosa justa ni razonable, antes por lo contrario, deberíais tener mayor sospecha de ellos que de nosotros, pues sabéis muy bien que sin una amistad y alianza no podríamos estar en estas tierras seguros, y si quisiésemos ser malos y poner á nuestros amigos bajo nuestro dominio, no lo podríamos conservar en adelante, así porque la navegación es muy grande desde Grecia á Sicilia, como también porque sería cosa muy difícil poder guardar y defender las ciudades de Sicilia, que son grandes y tienen mucha gente de guerra de la costa Mediterránea.

»Pero estos Siracusanos no deben ser tan temidos de vosotros por el ejército que tienen cuanto por la gran abundancia de gente. Siendo vuestros vecinos y comarcanos estáis siempre en peligro, porque continuamente os acechan y buscan ocasión y oportunidad para dar sobre vosotros, según lo han demostrado contra otros muchos Sicilianos, y ahora á la postre contra los Leontinos.

»Con todo esto, tienen osadía y atrevimiento de aconsejaros que toméis las armas contra nosotros que hemos venido sólo para estorbarles que os hagan mal y dominen toda la tierra de Sicilia. No se comprende que os tengan por tan locos y fuera de seso que queríais dar fe y crédito á sus engaños y mentiras viendo que os amo-

nestamos lo que es vuestro bien y salud con más verdad y certidumbre.

»Os rogamos, pues, que no queráis por vuestra culpa perder el provecho que obtendréis de nosotros, que mi-réis bien de cuál de ambas partes os debéis confiar más, y sobre todo considerad que estos Siracusanos en todos tiempos tienen medios y recursos para poderos vencer y sujetar sin ayuda de otro por la multitud de gente que son. Fijaos en que no podréis tener siempre para vengaros de ellos y lanzarlos de vosotros tanta y tan buena fuerza como al presente con la ayuda y socorro de nosotros, vuestros amigos y aliados, á quienes, si ahora dejáis volver sin hacer nada, por la sospecha que tenéis de nosotros, ó no sentís que nos suceda algún mal por vuestra causa, vendrá tiempo en que deseéis ver siquiera una parte de nosotros, y será en balde, porque no nos tendréis á vuestro lado.

»Porque vosotros, Camarinos, y los otros Sicilianos, no déis fe ni crédito á las calumnias de éstos que alegan contra nosotros, he querido mostráros y declarar con verdad las causas por las cuales éstos nos quieren hacer sospechosos, y para que, habiéndolas oído y recogido en vuestra memoria, queráis otorgar nuestra demanda.

»No negamos tener el mando y señorío sobre otros pueblos vecinos y cercanos, porque no queremos ser mandados por otros; pero, en cuanto á los Sicilianos, decimos que hemos venido aquí para impedir que otros los sometan, temiendo el mal y daño que nos podrían causar después los que los sujetasen y fuesen sus señores. Cuantas más tierras tenemos que guardar, tanto más obligados estamos á hacer más cosas que otros. Por esta causa hemos venido aquí esta vez, y las otras pasadas para defender y amparar á aquellos de vosotros que eran oprimidos é injuriados por otros, y no venimos por nuestra voluntad y propio *motu*, sino llamados y rogados por ellos.

»Sois al presente jueces y árbitros de nuestros hechos. No intentéis innovar cosa alguna de que después os ha-

yáis de arrepentir, ni desechéis nuestra ayuda y amistad, sino aprovechaos de ella, puesto que podéis hacerlo al presente.

»Considerad que esto no ocasiona igualmente daño á todos, sino provecho evidente para los más de los Griegos, porque por las fuerzas y poder grande que tenemos para socorrer y ayudar á los opresos, y vengar sus injurias, aunque no sean nuestros súbditos, los que están en asechanza para hacerles alguna violencia, procuran mantenerse tranquilos; y los que están á punto de ser injuriados y oprimidos, pueden vivir seguros, sin ningún trabajo, á costa ajena.

»Así, pues, varones Camarinos, os amonesto que no queráis desechar esta seguridad que es común á ambas partes y necesaria para vosotros, sino antes, con nuestra ayuda haced con los Siracusanos lo mismo que ellos han hecho con nosotros, y prevenid sus asechanzas, de manera que no hayáis menester estar siempre en vela con pena y trabajo para guardarlos de ellos.»

De esta manera habló Eufemo :

Los Camarinos estaban por entonces en tal disposición que tenían gran voluntad á los Atenienses, y de buena gana quisieran seguir su partido, si no sospecharan que venían con codicia de conquistar á Sicilia y ocupar su Estado.

En cuanto á los Siracusanos, aunque tenían á menudo cuestiones y diferencias con ellos sobre los límites, por ser vecinos y comarcanos; empero, por esta misma causa de vecindad les habían enviado algúin socorro de gente de á caballo, para si acaso alcanzasen la victoria no les pudiesen culpar de que habían vencido sin ayuda de ellos, y también para lo venidero tenían propósito de ayudar á los Siracusanos antes que á los Atenienses á muy poca costa.

Pero despues que los Atenienses lograron la victoria pasada, por no mostrar que los tenían en menos que á los vencidos, previa consulta entre sí, dieron igual respuesta á los unos y á los otros diciendo que habiendo

guerra entre ambas partes, que eran sus amigos y aliados, estaban resueltos, para no faltar á su juramento de ser neutrales, á no dar ayuda ni á los unos ni á los otros. Con esta respuesta partieron los embajadores.

Entretanto los Siracusanos hacían todos los aprestos necesarios para la guerra, y los Atenienses por su parte pasaban el invierno en Najo, y desde allí tenían sus inteligencias por todas las vías y maneras que podían con la mayoría de las ciudades de Sicilia por atraerlas á su amistad y devoción.

Muchas de ellas, especialmente las que estaban en tierra llana, que eran súbditas de los Siracusanos, se rebelaron contra ellos, y las otras ciudades libres y francesas, que estaban más adentro, en tierra firme, se confederaron con los Atenienses, y les enviaron socorro, unas de dinero, otras de gente y otras de vituallas.

De las ciudades que no lo quisieron hacer de grado, fueron algunas obligadas á ello por fuerza de armas, y á las otras prohibieron y estorbaron dar auxilio á los Siracusanos.

Durante este invierno salieron de Najo y volvieron los Atenienses á Catania, donde rehicieron sus alojamientos y estancias en el mismo lugar que estaban antes, cuando los Siracusanos las quemaron.

Estando aquí enviaron un buque con embajada á los Cartagineses para hacer alianza con ellos si podían, y asimismo á las otras ciudades marítimas que están en la costa del mar Tirreno, de las cuales algunas se aliaron con ellos y les prometieron socorro y ayuda en aquella guerra contra los Siracusanos.

Además mandaron á los Egestanos y á los otros sus aliados de Sicilia que les enviasen toda la gente de á caballo que pudiesen, é hicieron gran provisión de madera, herramienta y otras cosas necesarias para construir un muro fuerte delante de la ciudad de Siracusa, la cual estaban decididos á sitiар inmediatamente después que pasase el invierno.

XVI.

Los Lacedemonios, por consejo y persuasión de los Corintios y de Alcibiades, prestan socorro á los Siracusanos contra los Atenienses.

Los embajadores que los Siracusanos habían enviado á los Lacedemonios, al pasar por la costa de Italia, trabajaron por persuadir las ciudades marítimas, y atraerlas á la devoción y alianza de los Siracusanos, mostrándoles que si los propósitos de los Atenienses se realizaban prósperamente en Sicilia les podría ocurrir después á ellos mucho daño.

Desde allí fueron á desembarcar á Corinto, donde presentaron su demanda al pueblo, que consistía en rogarles les dieran ayuda y socorro como á sus parientes y amigos. Se los otorgaron de buena gana, siendo en esto los primeros de todos los Griegos, y nombraron embajadores que fuesen juntamente con ellos á los Lacedemonios para persuadirles de que comenzaran la guerra de nuevo contra los Atenienses, y también al mismo tiempo enviaran socorro á los Siracusanos.

Todos estos embajadores fueron á Lacedemonia, y á los pocos días llegaron también allí Alcibiades y los otros desterrados de Atenas, que desde Turia, donde primeramente aportaron, pasaron á Cilene, que es tierra de Elea, y de allí á Lacedemonia, bajo la seguridad y salvo conducto de los Lacedemonios que les habían mandado ir, porque sin esto no se atreverían á causa del tratado hecho con los Mantineos.

Estando los Lacedemonios reunidos en su Senado entraron los embajadores Corintios, los Siracusanos y Alcibiades con ellos, y todos juntos expusieron su demanda con igual objeto.

Aunque los Eforos y los otros gobernadores de La-

cedemonia habían determinado enviar embajada á los Siracusanos para aconsejarles que no hiciesen concierto con los Atenienses, no por eso tenían deseo de darles socorro alguno, pero Alcibiades, para moverles á ello, les hizo el razonamiento siguiente:

«Varones Lacedemonios, ante todas cosas me conviene primeramente hablar de aquello que á mí en particular toca y podría ser objeto de calumnia. Si por razón de esta calumnia me tenéis por sospechoso, en ninguna manera déis crédito á mis palabras cuando os dijere algotocante al bien y pro de vuestra república.

»En tiempos pasados mis progenitores, por causa de cierta acusación contra ellos, dejaron el domicilio y hospitalidad que tenían en vuestra ciudad. Yo después le quise volver á tomar, y por ello os he servido y honrado en muchas cosas, y entre otras principalmente en la derrota y pérdida que sufristeis en Pilos. Perseverando en esta buena voluntad y afición que siempre tuve á vosotros y á vuestra ciudad, os reconciliasteis con los Atenienses é hicisteis con ellos vuestros conciertos, dando con ellos fuerzas á mis contrarios y enemigos y haciéndome gran deshonra y afrenta.

»Esta fué la causa porque me pasé á los Mantineos y á los Argivos con sobrada razón, y estando con ellos y siendo vuestro enemigo, os hice todo el daño que pude.

»Si alguno hay de vosotros que desde entonces me tenga odio y rencor por el mal que os hice, puede ahora olvidarlo si quiere mirar á la razón y á la verdad; y si algun otro tiene mal concepto de mí porque favorecía á los de mi pueblo y era de su bando, tampoco acierta queriéndome mal ó considerándome sospechoso.

»Nosotros los Atenienses siempre fuimos enemigos de los tiranos. Lo que puede ser contrario al tirano que manda se llama el pueblo, y por esta causa la autoridad y mando del pueblo siempre ha permanecido entre nosotros firme y estable, y así mientras la ciudad mandaba y valía, fueme forzoso muchas veces andar con el tiempo y seguir las cosas de entonces, pero siempre trabajé por

corregir y reprimir la osadía y atrevimiento de los que querían fuera de justicia y razón guiar los asuntos á su voluntad, porque siempre hubo en tiempos pasados, y también los hay al presente, gentes que procuran engañar al pueblo aconsejándole lo peor, y éstos son los que me han echado de mi tierra.

»Ciertamente, en todo el tiempo que tuve mando y autoridad en el pueblo le aconsejé su bien, y aquello que entendía ser lo mejor á fin de conservar la ciudad en libertad y prosperidad según estaba antes, y aunque todos aquellos que algo entienden, saben bien qué cosa es el mando de muchos, ninguno lo conoce mejor que yo por la injuria que de ellos he recibido.

»Si fuese menester hablar de la locura y desvario de éstos que á todos es notorio y manifiesto, no diría cosa que no fuese cierta y probada. Mas, en fin, no me pareció oportuno trabajar entonces por mudar el estado de la república cuando estábamos cercados por vosotros nuestros enemigos. Lo dicho baste por lo que toca á las calumnias que podrían engendrar odio y sospecha contra mí entre vosotros.

»Quiero ahora hablar de las cosas que tenéis necesidad de consultar al presente, en las cuales si entiendo algo más que vosotros lo podréis juzgar por las siguientes razones.

»Nosotros los Atenienses pasamos á Sicilia primamente con intención de sujetar á los Sicilianos si pudiéramos, y tras ellos á los Italianos. Hecho esto, intentar la conquista de las tierras aliadas con Cartago, y á los mismos Cartaginenses si fuese posible; y realizada esta empresa, en todo ó en parte, procurar después someter á nuestro señorío todo el Peloponeso, teniendo en nuestra ayuda y por amigos todos los Griegos que habitan en tierra de Sicilia y de Italia, y gran número de extranjeros y bárbaros que hubiésemos tomado á sueldo, principalmente de los Iberios, los cuales sin duda son al presente los mejores hombres de guerra que hay en todos aquellos parajes.

»Por otra parte, proyectábamos hacer muchas galeras en la costa de Italia, donde hay gran copia de madera y otros materiales para ello, á fin de poder cercar mejor el Peloponeso, así por mar con estas galeras como por tierra con nuestra gente de á caballo é infantería, con esperanza de poder tomar parte de las ciudades de aquella tierra por fuerza, y otras por cerco, lo cual nos parecía que se podía hacer bien.

»Conquistado el Peloponeso, pensábamos que muy pronto y sin dificultad podríamos adquirir el mando y señorío de toda Grecia, y haríamos que estas tierras conquistadas por nosotros nos proveyesen de dinero y bastimentos, sin perjuicio de las rentas ordinarias que de ellas se podría sacar.

»Esto es lo que intenta la armada que está en Sicilia, según lo habéis oído de mí como de hombre que sabe enteramente los fines é intenciones de los Atenienses, que han de efectuar si pueden los otros capitanes y caudillos que quedan al frente del ejército si vosotros no socorréis pronto, pues no veo allí cosa que se lo pueda estorbar, porque los Sicilianos no son gentes experimentadas en la guerra; y aunque todos, por acaso, se uniesen, lo más que podrían hacer sería resistir á los Atenienses, mas los Siracusanos, que ya una vez han sido vencidos y están imposibilitados de armar naves, en manera alguna podrán sólos resistir al valor y fuerzas del ejército que allí hay ahora. Si toman aquella ciudad, seguidamente se apoderarán de toda Sicilia, y tras ella de Italia, y hecho esto, el peligro de que antes os hice mención no tardará mucho de llegar sobre vuestras cabezas.

»Por tanto, ninguno de vosotros piense que en este caso se trata sólo de Sicilia, sino también del Peloponeso, á menos de poner inmediatamente remedio, y para esto conviene, en cuanto á lo primero, enviar una armada, en la cual los mismos marineros sean hombres de guerra, y lo principal de todo que haya un caudillo y capitán natural de Esparta, prudente y valeroso, para que este tal, con su presencia, pueda mantener en vuestra amistad y

alianza á los que al presente son vuestros amigos y aliados y obligar á ello á los que no lo son, haciéndolo así, los que son vuestros amigos cobrarán más ánimo y osadía, y los que dudan si lo serán tendrán menos temor de entrar en vuestra amistad y alianza.

»Además, debéis comenzar la guerra contra los Atenienses más al descubierto, porque haciéndolo de esta manera, los Siracusanos conocerán claramente que tenéis cuidado de ellos, y con tal motivo tomarán más ánimo para resistir y defenderse, y los Atenienses tendrán menos facilidades para enviar socorro á los suyos que allí están.

»También me parece que debéis tomar y fortalecer de murallas la villa de Decelea, que está en el límite de Atenas, por ser la cosa que los Atenienses temen más, y sólo á esta villa no se ha tocado en toda la guerra pasada. Indudablemente causa mucho daño á su enemigo el que entra y acomete por donde más teme y sospecha, y de creer es que cada cual teme las cosas que sabe le son más perjudiciales.

»Por esto os advierto el provecho que obtendréis de cercar y fortalecer la citada villa y el daño que haréis á vuestros enemigos, pues cuando hayáis fortificado esta plaza dentro de tierra de los Atenienses, muchas de las villas de su comarca se os rendirán de grado, y las que quedaren por rendir las podréis tomar más fácilmente.

»Además, la renta que tienen los Atenienses de las minas de plata en Lauro, y las otras utilidades y provechos que sacan de la tierra y de las jurisdicciones cesarán, y mayormente las que cogen y llevan de sus aliados, los cuales viéndoos venir con todo vuestro poder contra los Atenienses los menospreciarán y os tendrán más temor en adelante.

»En vuestra mano está, varones Lacedemonios, efectuar todo esto. Y no me engaña mi pensamiento de que lo podéis hacer á salvo, y en breve tiempo si quisiereis, y sin que por ello deba ser tenido ó reputado por malo, porque habiendo sido antes vuestro mortal enemigo y

amigo de mi pueblo, ahora me muestre tan áspero y cruel contra mí patria: ni tampoco debéis tenerme por sospechoso y presumir que todo lo que digo es para ganar vuestra gracia y favor á causa de mi destierro. Porque á la verdad, confieso que estoy desterrado, y así es cierto por la maldad de mis adversarios, aunque no lo estoy para vuestra utilidad y provecho si me quisiereis creer, ni debo al presente tener tanto por mis enemigos á vosotros que alguna vez nos hicisteis mal y daño siendo enemigos nuestros, como á aquellos que han forzado á mis amigos á que se me conviertan en enemigos, no solamente ahora que me veo injuriado, sino también entonces cuando tenía mando y autoridad en el pueblo.

»Echado por mis adversarios injustamente de mi tierra, no pienso que voy contra mi patria haciendo lo que hago, antes me parece que trabajo por recobrarla, pues al presente no tengo ninguna. Y á la verdad, debe ser antes tenido y reputado por más amigo de su patria el que por el gran deseo de recobrarla hace todo lo que puede para volver á ella, que el que habiendo sido echado injustamente de ella y de sus bienes y haciendas no osa acometerla é invadirla.

»En virtud de las razones arriba dichas, varones Lacedemonios, me tengo por digno de que debáis y queráis serviros de mí en todos vuestros peligros y trabajos, pues sabéis que se ha convertido ya en refrán y proverbio común, que aquel que siendo enemigo pueda hacer mucho daño, siendo amigo puede hacer mucho provecho. Cuanto más que conozco muy bien todas las cosas de los Atenienses, y casi entiendo ya de las vuestras por conjeturas, y por eso ruego y requiero que, pues estáis aquí reunidos para consultar asuntos de tan grande importancia, no tengáis pereza en organizar dos ejércitos, uno por mar para ir á Sicilia, y otro por tierra para entrar en los términos de Atenas, porque haciendo esto, con muy poca gente podréis realizar grandes cosas en Sicilia y destruir el poder y fuerzas de los Atenienses que tienen ahora y podrían tener en lo porvenir.

»Así llegaréis á poseer vuestro estado más seguro y á tener el mando y señorío de toda Grecia, no por fuerza, sino porque de propia voluntad os lo dará.»

Cuando Alcibiades acabó su discurso, los Lacedemonios, que ya tenían pensamiento de hacer la guerra á los Atenienses (aunque la andaban dilatando y no tomaban resolución definitiva), se afirmaron y convencieron de la conveniencia de realizarla por las razones de Alcibiades, teniendo por cierto que decía la verdad por ser persona que sabía bien lo que deseaban y proyectaban los Atenienses. Y desde entonces determinaron tomar y fortificar la villa de Decelea y enviar algún socorro á Sicilia.

Eligieron por capitán para la empresa de Sicilia á Gilippo, hijo de Cleandro, al que mandaron que hiciese todas las cosas por consejo de los embajadores Siracusanos y de los Corintios, y que lo más pronto que pudiese llevase socorro á los de Sicilia.

Con este mandato fué Gilippo á Corinto para que le enviasen al puerto de Asina dos galeras armadas, y

parejasen todas las otras que habían de mandar, á fin de que estuviesen á punto de hacerse á la vela lo más pronto que pudieran, de manera que todos se encontrasen dispuestos á navegar con el primer buen tiempo. Tomada esta determinación partieron los embajadores de los Siracusanos de Lacedemonia.

Entretanto, la galera que los capitanes Atenienses habían enviado desde Sicilia á Atenas á pedir socorro de gente, dinero y vituallas llegó al puerto de Atenas, y los que venían en ella dieron cuenta á los Atenienses del encargo, lo cual, oído por ellos, acordaron enviarles el socorro que demandaban.

En esto llegó el fin del invierno, que fué el decimoséptimo año de esta guerra que escribió Tucídides.

XVII.

Los Atenienses, preparadas las cosas necesarias para la guerra, sitian á Siracusa.— Victorias que alcanzan contra los Siracusanos en el ataque de esta ciudad.— Llega á Sicilia el socorro de los Lacedemonios.

Al comienzo de la primavera, los Atenienses que estaban en Sicilia se hicieron á la vela, y saliendo del puerto de Catania, fueron directamente á Megara, que por entonces tenían los Siracusanos, y que después que los moradores de ella, en tiempo de Gelon el tirano, fueron expulsados, según arriba hemos dicho, no había sido poblada de nuevo.

Desembarcando allí los Atenienses, salieron á robar y destruir toda la tierra, y después fueron á combatir un castillo de los Siracusanos que estaba cerca, creyendo que lo tomarían por asalto; mas viendo que no lo podían hacer, se retiraron hacia el río de Tirea, pasaron el río, robaron y destruyeron también todas las tierras llanas que estaban á la otra parte de la ribera, mataron algunos Siracusanos que encontraron por los caminos, y después pusieron trofeo en señal de victoria.

Hecho esto, se embarcaron y volvieron á Catania, donde se abastecieron de vituallas y otras provisiones, y con todo el ejército partieron contra una villa llamada Centoripes, la cual tomaron por capitulación.

Al salir de ella, quemaron y talaron todos los trigos de los Inecios y de los Hibleos, y regresaron otra vez á Catania, donde hallaron doscientos y cincuenta hombres de armas que habían ido de Atenas, sin que tuviesen caballos, sino solamente las armas y arreos de caballos, suponiendo que de la tierra de Sicilia les habían de proveer de caballos, treinta flecheros de á caballo y más

de trescientos talentos de plata que les enviaron los Atenienses (1).

En este mismo año (2) los Lacedemonios se pusieron en armas contra los Argivos; mas habiendo salido al campo para ir á la villa de Cleonara, sobrevino un terremoto que les infundió gran espanto, y les hizo volver.

Viendo los Argivos que sus contrarios se habían retirado, salieron á tierra de Tirea que está en su frontera, y la robaron y talaron, consiguiendo tan gran presa, que vendieron los despojos en más de veinticinco talentos (3).

En esta misma sazón (4) la comunidad de Tespia se levantó contra los grandes y gobernadores; mas los Atenienses enviaron gente de socorro, que prendieron á la mayor parte de los comuneros, y los otros huyeron.

En el mismo verano los Siracusanos, sabedores de que había llegado socorro de gente de á caballo á los Atenienses, y pensando que si tenían caballos inmediatamente irían á ponerles cerco, tuvieron en cuenta que cerca de Siracusa había un arrabal, llamado Epipoli, que dominaba la ciudad por todas partes y en lo alto de él un llano espacioso con ciertas entradas por donde podían subir; que sería imposible cercarlo, y que si los enemigos lo ganaban una vez, podrían hacer mucho daño á la ciudad desde allí, por todo lo cual determinaron fortificar aquellas entradas para impedir que los enemigos lo pudiesen tomar.

Al día siguiente pasaron revista á toda la gente del pueblo y á aquellos que estaban bajo el mando de Hermócrates, y de sus compañeros, en un prado que está junto al río llamado Anapo, y de toda la gente del pueblo escogieron seiscientos hombres de pelea para guardar el arrabal de Epipoli, de los cuales dieron el mando á Diomilo, un desterrado de Andria, mandándole que si

(1) Un millon ciento veinte mil pesetas

(2) Abril ó Mayo.

(3) Ciento treinta y cinco mil pesetas.

(4) En Mayo.

por acaso se veía atacado de pronto, diese aviso para que pudiera ser socorrido.

Aquella misma noche los capitanes Atenienses pasaron revista á su gente. Al despuntar el día, partieron de Catania y fueron secretamente con todo su ejército á salir á un lugar llamado Leon, distante del arrabal de Epipoli siete estadios, y allí alojaron toda su infantería antes que los Siracusanos lo pudiesen saber. Por otra parte, fueron con su armada á una península, llamada Tapso, que está á una legua corta de la ciudad, y cercada por todas partes de mar, excepto en un pequeño istmo. Cerraron luego la entrada de él para estar seguros de parte de tierra. Hecho esto, la infantería de los Atenienses que estaba alojada en Leon, con gran ímpetu, fué á dar sobre Epipoli, y lo ganaron antes que los seiscientos hombres que los Siracusanos habían señalado para la guarda de él pudiesen llegar, porque aun estaban en el lugar donde había sido la revista.

Sabido esto por los Siracusanos, salieron del pueblo para socorrer el arrabal, que estaba cerca de veinticinco estadios de allí (1), y juntamente con ellos Diomilo con los seiscientos hombres que tenía á su cargo.

Al llegar donde estaban los enemigos, tuvieron una refriega con ellos, en la cual los Siracusanos llevaron lo peor, siendo vencidos y dispersados, y muriendo cerca de trescientos, entre ellos Diomilo, su capitán; todos los otros fueron forzados á retirarse á la ciudad.

Al día siguiente los Siracusanos, reconociendo la victoria á sus enemigos, les pidieron los muertos para enterrarlos, y los Atenienses levantaron también allí un trofeo en señal de triunfo.

Al otro día de mañana salieron delante de la ciudad á presentar la batalla á los Siracusanos; mas viendo que ninguno acudía, regresaron á su campo, y en la cumbre de Epipoli, en el lugar llamado Labdala, hicieron un atrincheramiento hacia la parte de Megara para recoger

(1) Una legua próximamente.

su bagaje cuando saliesen hacia la ciudad, ó para hacer alguna correría.

Poco tiempo después se les unieron trescientos hombres de á caballo que los Egestanos les enviaban de socorro, y cerca de otros ciento de los de Najo y otros Sicilianos, además de los doscientos y cincuenta suyos, para los cuales ya habian adquirido caballos, así de los que les dieron los Egestanos como de otros comprados por su dinero. De manera que tenian entre todos seiscientos cincuenta caballos.

Habiendo dejado gente de guarnición dentro de Labdala, partieron directamente contra la villa de Sica, la cual cercaron de muro en tan breve espacio de tiempo, que á los Siracusanos asustó su gran diligencia, aunque por mostrar que no tenían temor alguno, salieron de la ciudad con intención de pelear con los enemigos; pero como sus capitanes los vieron marchar tan desordenados, comprendiendo que con grande dificultad los podrían ordenar, hicieron retirar á todos dentro de la ciudad, excepto una banda de gente de á caballo que dejaron para impedir y estorbar á los Atenienses llevar la piedra y otros materiales para hacer el muro, y también para que recorriese el campo.

Pero los caballos de los Atenienses con una banda de infantería les acometieron con tanto denuedo que les vencieron, y haciéndoles volver las espaldas mataron algunos. Por causa de este hecho de armas de la caballería levantaron otro trofeo en señal de victoria.

El día siguiente los Atenienses, en su campo, unos trabajaban en labrar el muro á la parte del Mediodía, otros traían piedra y otros materiales del lugar que llaman Trogilo, y lo venían á descargar todo en la parte donde el muro estaba más bajo del extremo del puerto grande hasta la otra parte de la mar.

Viendo esto los Siracusanos acordaron no salir en adelante todos juntos contra los enemigos por no aventurarse á una derrota definitiva, sino hacer reparar un fuerte de fuera del muro de la ciudad, frente al muro

que los Atenienses labraban, porque les parecía que si hacían pronto su fuerte, antes que los enemigos pudiesen acabar dicho muro, los lanzarían fácilmente, y que, poniendo en él gente de guarda, podrían enviar una parte de su ejército á que tomase las entradas y después fortificarlas. Haciendo esto creían probable que los enemigos se apartasen de su obra para atacarles todos juntos.

Con este consejo salieron de la ciudad y comenzaron á trabajar en su fuerte y reparo, tomando desde el muro de la ciudad y continuando á la larga frente al de los enemigos. Para esta obra cortaron muchos olivos del término y sitio del templo, con los cuales hicieron torres de madera para defensa del fuerte por la parte de la marina que ellos tenían, porque los Atenienses aun no habían hecho llegar su armada desde Tapso al puerto grande á fin de poder impedirlo, del cual lugar de Tapso, hacían traer por tierra abastecimientos y otras cosas necesarias. Habiendo los Siracusanos acabado su fuerte, sin que los Atenienses se lo pudiesen estorbar por tener bastante que hacer por su parte construyendo su muro, y sospechando que si atendían á dos cosas al mismo tiempo podrían ser más fácilmente combatidos por los Atenienses, se retiraron dentro de la ciudad, dejando una compañía de infantería guarneciendo aquel fuerte.

Por su parte los Atenienses rompieron los acueductos por donde el agua iba á la ciudad, y sabiendo por sus espías que la compañía de los Siracusanos que había quedado en guarda de su fuerte y parapetos, á la hora del mediodía, unos se retiraban á sus tiendas y otros entraían en la ciudad, y los que quedaban allí en guarda estaban descuidados, escogieron trescientos soldados muy bien armados y algún número de otros armados á la ligera para que fuesen delante á combatir el fuerte, y al mismo tiempo ordenaron todo el ejército en dos cuerpos, cada cual con su capitán, para que el uno fuese directamente hacia la ciudad á fin de recibir á los de dentro si salían á socorrer á los suyos, y la otra hacia el fuerte por la parte del postigo llamado Pirámide.

Dada esta orden, los trescientos soldados que tenían á su cargo acometer el fuerte, le combatieron y tomaron, porque la guarnición lo abandonó, acogiéndose al muro que estaba en torno del templo; pero los Atenienses los siguieron tan al alcance, que casi á una, mezclados, entraron con ellos en Siracusa, aunque inmediatamente fueron rechazados por los de la ciudad que acudían en socorro.

En este encuentro murieron algunos Atenienses y Argivos; los otros todos al retirarse rompieron y derrocaron el fuerte de los enemigos, y llevaron de él toda la madera que pudieron á su campo. Hecho esto pusieron un trofeo en señal de victoria.

Al dia siguiente los Atenienses cercaron con muro un cerro que está junto el arrabal de Epipoli, encima de una laguna de donde se puede ver todo el puerto grande, y extendieron el muro desde el cerro hasta el llano y desde la laguna hasta la mar. Viendo esto los Siracusanos, salieron de nuevo para hacer otro fuerte de madera á la vista de los enemigos con su foso, para estorbarles que pudiesen extender su muro hasta la mar, pero los Atenienses, habiendo acabado el muro del cerro, determinaron acometer otra vez á los Siracusanos que trabajaban en los fosos y reparos, y para esto mandaron al general de la armada que saliese con ella de Tapso y la metiese en el puerto grande. Ellos, al despuntar el alba, bajaron de Epipoli, atravesaron el llano que está al pie y de allí la laguna por la parte más seca, lanzando en ella tablas y maderos que les pudiesen sostener los pies, pasando á la otra parte y venciendo, y dispersando á los Siracusanos que allí estaban en guarda, de los cuales unos se retiraron á la ciudad y otros hacia la ribera; mas los trescientos soldados Atenienses que fueron escogidos para acometerles como la vez pasada, los quisieron atajar y dieron á correr tras ellos hacia la punta de la ribera.

Viendo esto los Siracusanos, porque la más era gente de á caballo, revolvieron contra los trescientos soldados

con tanto ímpetu, que los pusieron en huída y después cargaron sobre los Atenienses que venían en el ala derecha tan rudamente, que los que estaban en primera fila se asustaron y cobraron gran miedo. Mas Lamaco, que venía en el ala izquierda, advirtiendo el peligro en que estaban los suyos, acudió á socorrerlos con muchos flecheros y algunos soldados Argivos, y habiendo pasado un foso antes que le siguiesen los suyos, fué muerto por los Siracusanos, como también otros cinco ó seis que habían pasado con él. Los Siracusanos trabajaban para pasar estos muertos á la otra parte del río antes que llegase la demás gente de Lamaco; pero no pudieron, porque les pusieron en tanto aprieto que les fué forzoso dejarlos.

Entretanto, los Siracusanos que al principio se habían retirado á la ciudad, viendo la defensa que hacían los otros, cobraron ánimo y salieron en orden de batalla para pelear con los Atenienses, enviando algunos de ellos á combatir el muro que los Atenienses habían hecho en torno de Epipoli por creer que estaba desprovisto de guarnición, como á la verdad lo estaba, y por eso ganaron gran parte del muro y le hubieran ocupado del todo si Nicias no acudiera pronto en socorro de los Atenienses que habían quedado allí por mala disposición, y al ver que no había otro remedio para poder guardar y defender el muro por aquella parte por falta de gente, mandó á los suyos que pusiesen fuego á los pertrechos y madera que había delante del muro, y así se salvaron, porque los Siracusanos no osaron pasar más adelante á causa del fuego, también porque veían venir contra ellos la banda de los Atenienses que había seguido á los otros sus compañeros en el alcance, y además, porque las naves de sus contrarios que venían de Tapso entraban ya en el puerto grande. Conociendo, pues, que no eran bastantes para poder resistir á los Atenienses ni estorbarles que acabaran su muro, acordaron retirarse hacia la mar, y los Atenienses pusieron otra vez su trofeo en señal de victoria, porque los Siracusanos la recono-

cían demandándoles sus muertos para enterrarlos, los cuales ellos les dieron y también recobraron los cuerpos de Lamaco y los otros sus compañeros que habían sido muertos con él.

Reunida ya la armada de los Atenienses y todo su ejército, cercaron por dos partes la ciudad por mar y por tierra, comenzando desde Epipoli hasta la mar, y estando allí sobre el cerco les traían muchos abastecimientos y vítuallas de todas partes de Italia, y muchos de los aliados de los Siracusanos que al principio habían rehusado aliarse con los Atenienses, fueron entonces á rendirse á ellos. De la parte de la costa de Tyrsenia (1) recibieron tres pentacontoros de socorro. De manera que las cosas de los Atenienses iban tan prósperas que tenían por cierta la victoria, mayormente entendiendo que los Siracusanos habían perdido la esperanza de poder resistir á las fuerzas de los Atenienses, porque no tenían nuevas de que de los Lacedemonios les enviaran socorro alguno. Por ello tuvieron entre sí muchas discusiones para capitular, y también con Nicias, que después de la muerte de Lamaco había quedado por único caudillo de los Atenienses, para hacer algún tratado de paz ó treguas, más no se concluyó cosa alguna, aunque de una parte y de la otra tuvieron muchos debates, como sucede entre hombres que están dudosos y que se ven cercados y apremiados más y más cada día.

Advirtiendo los Siracusanos la necesidad en que estaban, desconfiaban unos de otros, de manera que destituyeron á los capitanes que primero habían elegido, so color de que las pérdidas y derrotas sufridas fueron por culpa de ellos ó por su mala dicha, y en su lugar nombraron otros tres, que fueron Heráclides, Encleas y Tellias.

Mientras esto ocurría, el lacedemonio Gilippo había ya llegado á Leucadia con las naves de los Corintios, y

(1) La Tyrsenia era la Etruria, hoy Toscana. Llamábase pentacontoro á un barco tripulado por cincuenta hombres.

con determinación de acudir con toda premura á socorrer á los Siracusanos. Más teniendo nuevas de que la ciudad estaba cercada por todas partes, por muchos mensajeros que llegaban, todos conformes en la noticia, aunque no era verdad, perdió la esperanza de poder remediar las cosas de Sicilia, y para defender á Italia, partió con dos trirremes de los Lacedemonios. Con él iban el corintio Pitén, con otros dos barcos de Corinto, y á toda prisa llegaron á Tarento. Tras ellos navegaban otras diez naves, dos de Leucadia y tres de los Ambraciotes.

Al llegar Gilippo al puerto de Tarento, dirigióse á la ciudad de Tiria en nombre de los Lacedemonios, y como embajador para procurar atraer á los habitantes á su devoción y alianza. Al efecto les recordaba los beneficios de su padre que en tiempos pasados había sido gobernador de su Estado. Mas viendo que no querían acceder á su demanda regresó á la costa de Italia hacia arriba, y cuando llegó al golfo de Termea, le sorprendió un huracán de mediodía que reinaba mucho en aquel golfo, de manera que le fué forzoso volver al puerto de Tarento, donde reparó sus naves destrozadas por el huracán.

Entretanto avisaron á Nicias de la llegada de Gilippo, más como supo las pocas naves que traía, no hizo gran caso de él, como no lo hicieron los de Turia, pareciéndoles que Gilippo venía antes como cosario para robar en la mar que para socorrer á los Siracusanos.

En este mismo verano los Lacedemonios con sus aliados comenzaron la guerra contra los Argivos, y robaron y talaron gran parte de su tierra, hasta que los Atenienses les enviaron treinta barcos de socorro, rompiendo así claramente el tratado de paz con los Lacedemonios, lo cual no hicieron hasta entonces, porque las entradas y robos realizados antes de una parte y de otra eran más bien actos de latrocinio que de guerra, y hasta aquel momento no quisieron unirse con los Argivos y Mantineos contra los Lacedemonios, aunque muchas veces los Argivos lo solicitaran para entrar por tierra de Lacedemonios y tomar parte en el botín regresando después sin peligro.

Pero entonces los Atenienses después de nombrar tres capitanes para su ejército, que eran Pitodoro, Lespodio y Demarato, entraron como enemigos en tierra de Epidauro, y tomaron y destruyeron á Limera, Prasia y algunas villas pequeñas de aquella provincia, por lo cual los Lacedemonios tuvieron después más justa causa para declararse sus enemigos.

Después de volver los Atenienses de la costa de Argos y los Lacedemonios con su ejército de tierra, los Argivos entraron en tierra de Filasia, y habiendo robado y talado mucha parte de ella y matado á muchos de los contrarios, regresaron á la suya.

FIN DEL LIBRO SEXTO.